

las palabras que salen de la boca del amigo mas afectuoso, y sobre todo alimentemos nuestra esperanza y nuestra fe con las que dixo al acabar esta cena misteriosa: desde hoy mas no beberé de este fruto de vid hasta aquel dia quando le beba nuevo con vosotros en el Reyno de mi Padre. ¡Quántas instrucciones y consuelos encierran estas palabras, hermanos míos! La Iglesia, siempre que nos sentamos á la mesa sagrada, nos distribuye este fruto precioso de la verdadera vid, de la qual somos los sarmientos; pero este vino tan delicioso, encubierto baxo los símbolos eucarísticos, exercita nuestra fe al mismo tiempo que la fortifica y la anima. Ahora se nos da en él á Jesu-Christo de una manera invisible; pero llegará tiempo en que se quite el velo que nos le oculta, y que participemos de este Pan adorable de una manera sensible. Todas las sombras serán disipadas en el *reyno de su Padre*: aquí el Pan de los Angeles será el alimento de los siervos y de los amigos: aquí el vino será el mas dulce consuelo de las almas puras; pero por ahora debemos contentarnos con la prenda de este rey-

no que nos da en su Sacramento. Ojalá que la humildad sea nuestra conductora para él, que la fe nos ilumine, que la esperanza nos sostenga, que la caridad nos anime, y que sea para nosotros el principio de una vida nueva en este destierro, así como debe ser un dia el consuelo de una vida eterna y bienaventurada. Así sea.

## INSTRUCCION

### SOBRE LA PASION DE N. S. J. C.

EVANGELIO DE SAN JUAN,  
cap. 19. v. 30.

*Consumado es.*

**T**odo se ha consumado, hermanos míos. Las predicciones de los Profetas, las esperanzas de los justos que habian acabado el término de su vida en gracia del Señor: todo lo que el amor infinito de un Dios podia prometer: todo lo que el corazon insaciable del hombre

podía desear : todo se ha consumado. El verdadero Abraham es quien sacrifica al heredero de las promesas : el verdadero Isaac es el que lleva la leña al sacrificio sobre la montaña donde debe ser inmolado : la serpiente de cobre se ha levantado para curar las enfermedades de Israel. Desapareced , sombras y figuras, porque ha venido ya la realidad : todo se ha consumado.

El Dios de Abraham , de Isaac y de Jacob habia prometido á nuestros Padres una posteridad mas numerosa que las estrellas del cielo y las arenas de la mar , y Jesu-Christo viene á realizar y producir esta generacion en medio de los dolores de la pasion mas cruel. El Señor habia jurado á David que no saldria el cetro de su linea hasta que viese el Dominador de las naciones. Ya ha venido este Mesías. Bethleem fué el lugar de su nacimiento. La fama de sus milagros resonó por toda la Judea , y el Calvario es hoy el testigo de su muerte : todo se ha consumado.

En fin , habiendo pecado el primer hombre , traxo sobre toda su posteridad la maldicion del Señor. Ni la sangre de los becerros , ni la multitud in-

finita de hostias pacíficas que se ofrecian en Jerusalem , podian apaciguar la cólera de un Dios justamente irritado. Era por tanto indispensable otra víctima de un precio infinito , y Jesu-Christo ha venido á ofrecerse. Ya está dispuesto el altar , el sacrificador descarga el golpe , la víctima espira , y la gloria del Señor está vengada : todo se ha consumado.

Hermanos míos , este importante sacrificio es el que va á fixar vuestra atencion en esta lúgubre solemnidad. Sufriendo Jesu-Christo por nosotros tantos dolores y tormentos , ha venido á curar nuestras enfermedades. Muriendo por nosotros , ha venido á sacarnos del estado de perdicion y de muerte en que habíamos caído por el pecado de un hombre solo ; pero entre muchos objetos que se representaron á esta adorable víctima en el instante de su sacrificio , hay tres que llevan principalmente su atencion : á saber , la injuria hecha á Dios por el pecado , la qual era indispensable reparar : la llaga hecha al hombre por el pecado que era preciso curar : el triunfo del infierno por el pecado que era preciso contener. Vais,

hermanos míos, á ver como reune Jesu-Christo en la reparacion del primero de estos objetos todo quanto se necesita para ocurrir á los otros dos.

En efecto, si subimos hasta el principio del pecado, que es la fuente de todos nuestros males, conoceremos tres suertes de injurias hechas á Dios, las quales repara Jesu-Christo. Si le consideramos como el autor y el consumidor de nuestra fe, le seguiremos en los tres sacrificios que ofrece á su Padre; y si fondeamos la corrupcion de nuestro propio corazon, descubriremos en él tres causas ó motivos de pecados que Jesu-Christo condena.

Adam desobedece al Señor, y Jesu-Christo se hace obediente hasta la muerte, y condena nuestro espíritu de independencia. Adam se quiere hacer igual á Dios, y Jesu-Christo se anonada y condena nuestro orgullo. Adam no se contenta en el estado feliz en que el Señor le ha puesto, y Jesu-Christo es paciente en el estado de sufrimiento á que le reduce su amor por nosotros, y condena nuestras murmuraciones. Toda la moral de este misterio se contiene en estas tres reflexiones que voy á exponer. Jesu-Christo

to en el jardin de las Olivas empieza su sacrificio por la obediencia. Jesu-Christo delante de sus Jueces santifica su sacrificio por las humillaciones. Jesu-Christo sobre el Calvario consume su sacrificio por la paciencia.

No venimos, hermanos míos, á pedir lágrimas, sino demostraciones de un verdadero arrepentimiento. Si vuestro corazon, verdaderamente compasivo, viene á buscar objetos que le enternezcan, os advierto de parte de Jesu-Christo, que el pecado y el estado funesto á que se ven reducidas vuestras almas son el objeto de vuestro dolor.

Cruz adorable de mi Dios, tú fuiste en otro tiempo una materia de escándalo para los Judíos orgullosos; pero ahora serás para nosotros el testimonio mas brillante de la sabiduría de nuestro Dios. Tú tienes sobre tí al Legislador de la nueva alianza, y nosotros queremos vivir y morir baxo tus leyes. Crucificados en adelante para el mundo y el pecado, queremos darnos enteramente á aquel que se ha dado y sacrificado todo por nosotros.

Primera parte. Hace mucho tiempo que el Señor se disgustaba del culto

judáico, y así habia dicho por uno de sus Profetas: No puedo sufrir sus incienso, aborrezco sus sacrificios. En efecto, todo era hipocresía en Israel, y este pueblo, tan fiel en la apariencia, merecia que frecuentemente se le motejase de dureza. Ellos se lisonjeaban de observar con toda exâctitud la ley del Señor; pero no conocian mas que la letra, sin poner cuidado ni atencion en su espíritu. Es verdad que no se atrevian á desobedecer las órdenes de su Dios, porque tenian á la vista los castigos terribles que en todos los tiempos habia hecho contra los transgresores de su voluntad. Tres Levitas fuéron tragados por la tierra á causa de haber sublevado al pueblo contra las órdenes de Moysés; los dos hijos de Aaron fuéron devorados por una llama que salió de lo interior del altar por haber quemado un fuego extraño delante del Arca: un Judío fué condenado á muerte por haber violado ligeramente un dia de Sábado: Achán fué apedreado por haber guardado una parte de los despojos de los Amorreos. Tan terribles castigos eran necesarios para contener á Israel en la obediencia. ¡Pero qué obe-

diencia, gran Dios! Vosotros, hermanos míos, que acaso venis forzados en estos dias por las leyes de la Iglesia á sentaros en la mesa de Jesu-Christo, podeis responderme á esta pregunta: ¿Deberémos emplear sentencias y anatemas para que vengais á los pies del Sacerdote á confesar vuestros pecados? Si no estuviésemos tan atentos en observar vuestra conducta, ¿quántos de vosotros permaneceriais en la mayor indiferencia? Sí, vuestra obediencia nace del miedo como la de los Judíos, y solo se exercita por comodidad y por costumbre. Pero Jesu-Christo para reparar las imperfecciones de la obediencia de los Judíos, y rectificar con su exemplo los defectos de la nuestra, se somete con prontitud, obedece con firmeza, y executa con perseverancia.

Digo que se somete con prontitud, porque sus momentos son los de su Padre. Miéntas que la voluntad del Señor no le llama al sacrificio, se contenta con llorar sobre Jerusalem, con advertirla que va á caer sobre ella la sangre que ha derramado de los Profetas; que el Padre de familia viene pronto á visitar lleno de furor á los obre-

ros ingratos que tengan valor de atentar contra la vida de su hijo. Pero apenas se cumplen los instantes señalados en los designios de Dios, quando abismado Jesu-Christo en el pensamiento de su sacrificio, entra en el jardin de las Olivas, á fin de que este lugar, testigo tantas veces del fervor de sus oraciones, lo sea tambien de la sinceridad de su obediencia: el conocimiento de que le espera una muerte inevitable no le detiene ni un momento. El Egypto en su infancia le ofreció un asilo contra el furor de Herodes, aunque pudiera haberse substraído de su crueldad por otros medios. Una sola palabra suya habia sido suficiente para librar á muchos del espíritu impuro, y arrojar legiones enteras de estos espíritus de las tinieblas. ¿Le faltaria en esta ocasion otra palabra, si quisiese servirse de ella, para librarse de los enemigos que le persiguen? Sí, hermanos míos, le falta esta palabra, porque los pecados del género humano solicitan su muerte: la voz de nuestras iniquidades se levantaba para pedir que se le crucificase. Como solamente habia venido al mundo para ponerse en lugar de las otras víc-

timas que no agradaban á su Dios, no quiere pasar de este mundo á su Padre sino despues de haberle ofrecido el sacrificio mas perfecto de su obediencia; y como va á ofrecer este sacrificio por los hombres pecadores, los interesa y asocia á sus tormentos.

El Evangelio nota que quando fué al monte de las Olivas tomó consigo á Pedro y á los hijos del Cebedeo, y que empezó á entristecerse, y angustiarse; pero estos hombres que deseaban con tanto ardor participar de su reyno y de su gloria, no toman sin embargo un grande interes por sus oprobrios, porque todavía eran carnales. Lo que deseaban únicamente era contemplar siempre sobre el Tabor; pero no el mortificarse ni velar con él una hora, y así se duermen, y merecen que Jesu-Christo les diga: ¿no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. Christianos, velad con Jesu-Christo, estad continuamente en centinela sobre todos los sentidos: guardad con fidelidad la puerta del corazon: haceos inteligentes en los caminos de la salud: tened los ojos siempre abiertos sobre las necesidades de

vuestros hermanos. Velar con Jesu-Christo es estar siempre atentos á los designios de la Divina Providencia sobre nosotros, consultarle y preguntarle en todas las dudas, referirse á él en todos los sucesos de la vida, depositar en su seno todas nuestras inquietudes y sobresaltos; pero llevar con mas impaciencia la pérdida de un bien perecedero, de una ventaja temporal, que la pérdida de la gracia: ser mas insensibles á los gritos de la conciencia que á las cosas que estorban nuestra fortuna, esto es, dormir un sueño muy profundo, y dar motivo á que Jesu-Christo tambien nos reprehenda, diciendo: ¿no habeis podido velar una hora conmigo?

Jesu-Christo vela y ora, y de esta suerte manifiesta toda la firmeza de su esperanza. Mi alma está triste hasta la muerte, dice á sus Apóstoles, y sumergido en la mayor tristeza, no recurre á los hombres para que le consuelen, sino á su Padre, lanzando al cielo profundos suspiros; pero este Dios, que siempre se ha declarado el Protector del justo oprimido, parece ahora sordo á las voces de su Hijo. Un Angel baxa del cielo para confortarle, porque de aquí solamente

vienen los verdaderos consuelos; pero para Jesu-Christo vienen del Cielo mismo las amarguras y los dolores. El Angel consolador le presenta un cáliz, es decir, la copa del furor de su Padre. El solo entre los hijos de los hombres parece que tiene un derecho para substraerse de él, y él solo sin embargo es la víctima. El cáliz que se le ofrece solo contiene los anatemas, y los castigos reservados á los impios, y él es el justo. En este cáliz no hay otra cosa que señales de la cólera de un Dios contra los pecadores, y él es inocente. Si quiere beberle, es preciso que se cargue con los pecados de todos los hombres; que trate de comprar todos los esclavos al precio de su sangre, y que sufra la pena debida á todos los pecados. ¿Hay alguna otra cosa, almas christianas, mas triste y amarga? Si Jesu-Christo mira al Cielo, ya no oye la voz de un Padre que le promete glorificarle: solo ve un Juez dispuesto á vengar nuestras iniquidades, con las cuales él se carga. Si considera la tierra, ya no oye gritar á las gentes como en otro tiempo: Hosanna al Hijo de David: solo ve la boca de los pecadores abierta para devo-

rarle. Si penetra en espíritu los infiernos, ya no ve el Angel de Satanás dócil á su voz, ni oye el glorioso testimonio que el espíritu inmundo se vió forzado á tributar á su divinidad, ni distingue otra cosa que suplicios eternos preparados para nuestros pecados. Todo pues le hace temblar. Quando considera el tiempo pasado, ve caer sobre él la desobediencia de Adán, la envidia de los hermanos de Joseph, la cobarde condescendencia de Aaron, el homicidio y el adulterio de David, las prevaricaciones continuas de Israel, los pecados de Nínive. Si vuelve los ojos al tiempo presente, ve que va á ser la víctima de la traicion de un pérfido Apóstol, el objeto de la envidia, y de los zelos de los Fariseos, de la ceguedad de los Judíos y del furor sanguinario de todo su pueblo. Si mira lo por venir ¡ah! este es el espectáculo mas triste: allí ve con el mas vivo dolor inútil su muerte para muchos, su sangre infructuosa, el abuso que se ha de hacer de sus gracias, la profanacion de sus Sacramentos, la ingratitude de los hombres. Christianos, allí ve vuestra glotonería, vuestra irreverencia en las Iglesias, vuestros es-

candalosos exemplos, vuestros pecados de costumbre, las crueles enemistades, las injustas venganzas, las calumnias sangrientas, la mofa y el escarnio de las cosas mas sagradas. Este es el cáliz que le presenta su Padre, cáliz demasiado amargo para beberlo sin repugnancia, y así exclama diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero mi Dios, sois muy justo, y vuestro Hijo muy dócil para no beberlo hasta las heces, y así no cómo yo quiero, sino como tú.

Venid, hermanos míos, y considerad el momento crítico en que el Angel del Señor, ó el Ministro de Jesu-Christo os anuncie que ya es tiempo de hacer á Dios el sacrificio de una vida, que solamente habeis vivido para el mundo. Decidme quando en la última enfermedad llegue á vuestra cabecera, y os haga saber que está cerca la muerte; quando os presente este cáliz amargo; ¿quáles serán vuestras verdaderas disposiciones? Si hemos de juzgar por la experiencia que tenemos de vuestra impaciencia en la mas leve falta de salud, y de vuestras murmuraciones, aun en los trabajos de poca monta; podremos

deciros, que la presencia de un Ministro en este momento os parecerá muy importuna, y que tendreis por pesadas é insufribles sus amonestaciones: En este caso, si pedis al Señor alguna cosa, será que traspase su cáliz; pero dudo mucho que pidais con sinceridad que se haga su voluntad, y no la vuestra.

Jesu-Christo, Christianos, se somete; pero considerad lo que le cuesta su obediencia. Su valor parece que le abandona, le faltan las fuerzas, y cae en una profunda agonía: el sudor y la sangre corren por todo su cuerpo, y su alma sola en este abandono general solo se acuerda de su Dios, y por tanto oraba con mayor vehemencia. El Angel que viene á fortificarle, no le anuncia como á Abraham, que contento el Señor con su sacrificio está satisfecho de las disposiciones de su corazón, ni le dice como á Isaac que puede substituir otra víctima á la suya; sino que por el contrario le hace entender que el Cielo estará sordo á su voz, y que ha llegado ya la hora del poder de las tinieblas: Jesu-Christo entonces colma su docilidad con su perseverancia.

Despues de todo esto, ¿qué es lo

que falta á la obediencia de Jesu-Christo? El habia aceptado el cáliz de la mano del Señor, y se habia ofrecido como víctima: él esperaba la muerte, y ya experimentaba sus horrores; ¿pero un Profeta no habia anunciado que habia de llegar tiempo en que se hartase de oprobrios? Un Angel solo habia sido testigo de su flaqueza, y así era preciso que hiciese á todos sus Apóstoles espectadores de la ignominia de su Pasión. Levantaos, les dice, la hora es llegada: he aquí el que me ha de entregar está cerca. Y estando él hablando, llega Judas Iscariotes, y con él un grande tropel de gentes con espadas y palos. Tres veces preguntan estos impios por Jesus Nazareno, y dos veces basta su palabra para que caigan en tierra: os he dicho que yo soy, respondió Jesus: si me buscais á mí, dexad ir á estos; y entónces el pérfido Apóstol consume con un beso la mas detestable de las traiciones. Maestro, Dios te guarde, le dice Judas.

El Profeta dixo con mucha razon, que la iniquidad se juzga y se condena á sí misma. Judas por el pecado mas infame trata á Jesu-Christo como pu-



diera tratar al hombre mas infeliz, y le considera como las heces de la humanidad; pero su boca no podia desconocerle por su Soberano, á la manera de esas lenguas sacrílegas que abandonan la virtud quando les incomoda, y la sirven y acogen quando su interes lo pide.

No es esta la sola reflexion que me suministra el crimen de Judas, otra tengo mas instructiva que ofreceros. Subamos al principio de la traicion de este Apóstol, y consideremos que al salir del banquete sagrado es quando se apodera Satanás de su corazon. ¿Cuál será la causa, hermanos mios, de esas reincidencias que afligen la Iglesia de Jesu-Christo, y os deshonoran delante de Dios? Si Judas no hubiera comulgado indignamente, ¿quién sabe si las dulces palabras de su Maestro le hubieran tocado el corazon? Amigo, ¿á qué has venido? Pero ya no llegaron á tiempo, porque habia entregado á Jesu-Christo al demonio de la avaricia: ¿será extraño de esta suerte que le venda á tan vil precio? ¡O que terribles conseqüencias podreis sacar, hermanos mios, de este exemplo! Si no son suficientes para mo-

veros las inspiraciones mas saludables: si las ocasiones mas oportunas no tienen fuerza para cambiar vuestro corazon: si no os convierten las amenazas de los castigos eternos: sabed, que quizá nace todo esto del abuso que habeis hecho del mas augusto de nuestros Sacramentos. Pero no dexemos de admirar la obediencia de Jesu-Christo. El mismo se entrega á sus enemigos. Como á ladron, les dice, habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada dia estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis: mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Las intrigas de mi pérfido Apóstol ningun poder os darian sobre mí, si la justicia de mi Padre no me hubiera entregado á vosotros. Este tropel de soldados que me rodea, seria un auxilio muy débil si yo llamase una legion de Angeles para defenderme; pero es preciso que se cumpla la palabra de mi Padre.

Ya me parece, hermanos mios, que os oigo preguntarme, ¿adónde estan esos Discípulos, esos hombres tan generosos en sus promesas, á quienes la muerte, hace un momento, era muy

poco para atemorizarlos? ¿Qué! ¿huyen? ¿la menor apariencia les espanta? ¿El primer golpe que se da al Pastor los aleja y los dispersa? Pero permitidme que yo tambien os pregunte ahora, ¿adónde estais vosotros quando en el interior de vuestras casas son Jesu-Christo, su Iglesia, su Religion, sus Ministros el objeto de vuestras barlas, de vuestros desprecios, de vuestras disensiones y disputas? ¿Adónde estais quando permitis que en vuestra presencia se ridiculice la virtud, y se trate de hipocresía la piedad mas sincera y acendrada? ¿Adónde estais quando permitis que á vuestra vista se enseñen y propaguen las perversas máximas de irreligion y de injusticia? ¿Adónde estais quando tolerais que el justo sea el objeto de las sátiras de una turba feroz de calumniadores? ¿Sois Christianos? Si lo sois, ¿no habeis prometido en el bautismo tomar á vuestro cargo los intereses de Jesu-Christo y de su Evangelio? ¿Pero qué desgracia! Mas presuntuosos que los Apóstoles nunca os falta la temeridad quando se trata de formar resoluciones, y de hacer promesas; pero mas cobardes que ellos, os

falta siempre el valor quando se trata de cumplirlas. Solo Pedro emprende defender á su Maestro, y hiere á un siervo del Príncipe de los Sacerdotes; pero su zelo parece que ofende la sumision de Jesu-Christo, y si en esta ocasion le han faltado los prodigios para librarse de las manos de sus enemigos, no le faltarán para curar la oreja del siervo. Jesu-Christo, mas dócil que un cordero que se lleva al matadero, se pone en las manos de sus enemigos; pero si su obediencia condena nuestra indocilidad, la historia de sus humillaciones puede reprimir nuestro orgullo. Nuevas circunstancias de su pasion nos van á suministrar nuevas verdades. En el jardin de las Olivas ha empezado su sacrificio por una obediencia entera, pronta y perseverante, y ahora la va á perfeccionar con las humillaciones. Esta es la segunda reflexion que será la materia de la segunda parte.

Segunda parte. Toda la vida de Jesu-Christo es un tejido, hermanos míos, de humillaciones y de oprobrios. Desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte habian sido señalados todos los momentos de su vida con

humillaciones continuas; pero sin embargo habia dexado siempre entrever algunos rasgos de grandeza y de gloria. Un Angel que baxa del Cielo á consolarle: los soldados que le buscaban echados por tierra á la fuerza de una sola palabra: la curacion milagrosa de uno de los siervos del Príncipe de los Sacerdotes: todos estos prodigios eran pruebas demasiado visibles de su divinidad. En ella se veía una mezcla maravillosa de elevacion y de abatimiento, y un contraste sensible de poder y de flaqueza; pero en este momento de la prision de Jesu-Christo no veréis, hermanos míos, otra cosa que humillaciones. Todo lo que podia afligir mas el espíritu, quanto habia de mas ignominioso para un Dios hecho hombre, se encueatra reunido en esta sola circunstancia. Aquí es donde se ven cumplidas aquellas palabras del Profeta: ha sido tratado como un gusano de la tierra, no como un hombre.

Considerad, hermanos míos, en primer lugar, que Jesu-Christo era un Maestro que habia enseñado la moral mas sublime, y que habia venido para formar discípulos, y enseñarles el ca-

mino que conduce á la virtud, y á la vida; pero apenas cae entre las manos de sus enemigos, quando de tantos Discípulos no le queda ni uno solo que le defienda.

Considerad en segundo lugar, que Jesu-Christo era un hombre irreprehensible en su conducta, y tanto, que se habia atrevido á desahar á los Judíos, diciéndoles: ¿quién me argüirá de pecado? Pero á pesar de su inocencia se le acusa en el tribunal del gran Sacerdote de sedicion y de blasfemia.

Considerad en tercer lugar, que Jesu-Christo era un Dios que con milagros tan repetidos y públicos habia dado pruebas de su divinidad; de manera que todos quantos habian llegado á él con confianza habian experimentado efectos sensibles de su bondad; pero hoy es el objeto del desprecio de la Corte del voluptuoso Herodes, el qual por una mera curiosidad esperaba verle hacer algun milagro.

Considerad en quarto lugar, que Jesu-Christo es el Soberano Juez de vivos y muertos, y que con su silencio mismo convence á Pilatos de la inocencia de su corazon; pero ahora se ve

vergonzosamente sacrificado á la ambición de este juez.

Considerad en fin, que Jesu-Christo era el Rey de los Judíos, y que Israel era su heredad: que el Príncipe que tenía el cetro era un usurpador, y que á él solo le pertenece el trono y la diadema; pero sin embargo se ve insultado por una muchedumbre de soldados, que hacen de esta brillante calidad y de sus derechos el objeto de sus burlas y sus desprecios.

Entremos, hermanos míos, al por menor de estas consideraciones. La primera de las humillaciones de Jesu-Christo es el abandono de sus Discípulos. En efecto, todas las acciones de su vida parece que debían empeñarlos á unirse y estrecharse con él; pero en esta ocasión no hay cosa alguna que los detenga. Ellos tenían motivos los mas poderosos para no abandonarle nunca. En aquellas ocasiones en que su amor obraba con vehemencia, le habían ofrecido generosamente no desampararle y morir con él. Tú solo, le decían, tienes las palabras de vida eterna. ¿Acaso le faltan ahora estas palabras? ¿Acaso por ser un cordero mudo baxo la tixerá del es-

quilador, dexa de ser el órgano de la Sabiduría eterna? El reyno, porque suspiraban con tanto ardor, no debían gozarle sino despues de haber participado de su cáliz. Los doce tronos desde donde habian de juzgar las doce Tribus de Israel, no debían ocuparse hasta que ellos mismos sufriesen los juicios de los pecadores. Esta esperanza era ciertamente muy poderosa para estimularlos á no desamparar á su Maestro. ¿Pero qué diré del reconocimiento á tantos y tan singulares beneficios como habian recibido de su mano! ¿Habian carecido de alguna cosa en su seguimiento? Las ventajas y bienes escasos que habian abandonado para seguirle, no estaban recompensadas sobradamente? ¿No acababan de recibir en el Sacramento de su amor una prueba la mas sensible y tierna de su misericordia, y la prenda segura de una recompensa infinitamente grande? ¿Pues por qué con tantos motivos de union y de estrechez le desamparan? Hermanos míos, buscad dentro de vosotros mismos la causa de este abandono. Los bienes sensibles y perecederos cegaban su razón como la vuestra; las ideas qui-

méricas de establecimiento y de fortuna ocupaban su espíritu como el vuestro: ellos codiciaban mas adelantar en el mundo, que hacer progresos en el camino de la salvacion; y aunque lo habian dexado todo por seguir á Jesu-Christo, todavia no habian aprendido á renunciar á sí mismos. Es verdad que Pedro, mas animoso, ó ménos cobarde que los demas, se introduce en la Corte del Pontífice, y que solo él conserva, al parecer, algun tanto de fidelidad por Jesu-Christo; pero tambien añade él solo á todos sus oprobrios el espectáculo humillante de la negacion mas vergonzosa. Este hombre destinado á dar un testimonio á Jesu-Christo á la faz del universo entero, no se atreve á confesarse á una simple criada por uno de sus Discípulos, y una sola palabra basta para asustarle. La pregunta importuna de uno de los criados del Pontífice le espanta, y le obliga á quebrantar con el mas horrible juramento la fe que habia prometido y jurado á su Maestro.

Christianos presuntuosos, ¿no reconocéis en este pasage que si Satanás consigue tan frecuentes victorias sobre

vosotros, es porque os exponéis voluntariamente al peligro? La curiosidad, por exemplo, os introduce en esas asambleas profanas, en donde el libertinage y la impiedad tienden á la virtud mas pura lazos casi inevitables; y satisfechos de que os podeis presentar en ellas con indiferencia, sacais el corazon corrompido, y vuestra piedad titubeante no ha podido mantenerse firme contra este escollo.

El interes os hace tomar parte en esas compañías criminales, en donde no se reconoce otra ley que la ganancia; y aunque, segun decís, solo pensáis en hacer una moderada y honesta fortuna, no debeis sin embargo vuestros bienes sino á la injusticia.

Un motivo aparente de devocion, á la verdad mal entendida, os hace contraer alianzas con ciertas personas peligrosas, que baxo el especioso pretexto del interes que toman en todas las cosas que tocan á la Religion, hablan con ningun comedimiento de la Religion misma, y discurren con poca caridad ácia el próximo. Vosotros pensáis encontrar aquí solamente objetos de edificacion; pero acostumbrados á poco tiempo á hablar su mismo lenguaje, ya no

respetais ni lo sagrado, ni lo profano.

Yo me extenderia demasiado, si quisiese recordaros la época fatal de vuestras caidas. Llenos de fervor, como Pedro á los pies de Jesu-Christo, ostentais ser los mas fieles y acérrimos defensores de la Religión; pero mucho mas débiles que él, una sola palabra es bastante para que abandoneis la virtud.

Si del abandono de los Discípulos de Jesu-Christo pasamos á una nueva circunstancia, encontraremos en ella una nueva humillacion. Jesu-Christo, aunque irreprehensible en su conducta, se ve acusado de sedicion y de blasfemia en la presencia de Caifas. Como la envidia de los Sacerdotes y de los Fariseos era la que procuraba perderle, fué llevado en primer lugar al tribunal del Príncipe de los Sacerdotes. Aquí junto el consejo esperaban á Jesus, es decir, al enemigo de la Sinagoga, al que mas de una vez habia quitado la máscara á la hipocresía de los Fariseos, y á la avaricia de los Sacerdotes de la ley. Aquí se forman los designios de la mas negra venganza contra el inocente. Su envidia y su rabia habian determinado ya su perdicion, ántes que ninguno le

acusase. Puesto en medio de sus jueces sacrílegos buscaba todo el Concilio algun testimonio falso contra él para hacerle morir. Uno de los Padres de la Iglesia observa, que buscaban con razon un testimonio falso, porque si solo hubieran consultado la verdad, ella bastara para destruir la injusticia de sus menores sospechas. ¿Por ventura se le acusará de robos? Pero él nunca habia deseado, pedido ni poseido cosa alguna: todo su vestido consistia en una túnica y una capa, y segun su doctrina pensar en mañana, es una desconfianza manifiesta de los cuidados de la Divina Providencia. ¿Se le acusará de violencias y de muertes? Pero sus obras hablarán por él: nunca se abrieron sus manos sino para curar los enfermos, dar vista á los ciegos, enderezar á los cojos, y resucitar los muertos. ¿Por tales delitos se reconocen los malos? ¿No hubieran debido los Judíos reconocer por tales prodigios al Hombre Dios? ¿Se le acusará de pecado y de escándalo? Los Fariseos hubieran querido hacerle este cargo; pero la santidad de sus costumbres defendia su inocencia de toda sospecha: se le echará en cara su amor por los

pecadores; pero nunca su indulgencia por el pecado. Ya le habian presentado la muger adúltera, para conocer si el juicio que pronunciaría seria conforme á la ley; pero por haber perdonado su pecado, ¿se podrá decir que le favoreció y autorizó? No, hermanos míos, el testimonio de una buena conciencia nos pone siempre al abrigo de la calumnia de los malos. Vivamos rectamente y en justicia á los ojos de Dios, y la impiedad no hará estragos en nuestra virtud. Pero ya que no se puede condenar á Jesu-Christo por sus acciones, á lo ménos se le quiere sorprender por las palabras. Se le pregunta, es verdad; pero tan puro en su doctrina, como irreprehensible en su conducta, les remite sin temor á la enseñanza que cada dia estaba dando en el Templo.

Hasta ahora, hermanos míos, ha estado hablando la verdad, y segun ella Jesu-Christo es inocente; pero ya es tiempo que se levante la mentira para perderle. Dos falsos testigos se presentan, y dicen: nosotros le hemos oido decir: Yo destruiré este Templo hecho de mano, y en tres dias edificaré otro no hecho de mano. ¿Es este el pecado de que se le

acusa? Sí, hermanos míos, pero Jesus callaba, y entónces sorprehendido de su silencio el Príncipe de los Sacerdotes, le dixo. Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Christo, el Hijo de Dios. En otro tiempo viniéron los Discípulos de Juan á hacerle una igual pregunta, y los despidió remitiéndolos al testimonio que sus milagros y sus beneficios daban de su divinidad, porque la fé era el principio que los movía; pero al Sumo Sacerdote, como pregunta con dañada intencion para sorprenderle y contradecirle, le responde con amenazas y anatemas: tú lo has dicho: y aun os digo, que vereis desde aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

¡Gran Dios! ¡qué terribles son tus juicios! ¡qué tremendos para los que resisten tu voluntad! El Sumo Sacerdote, indiferente á esta sentencia espantosa, toma ocasion de ella para ultrajar á Jesu-Christo, endurece su corazon, rasga sus vestiduras; y de esta manera, dice el Papa San Leon, profetiza sin saberlo que en adelante ha de pertene-